

# *La novela proletaria*

César Falcón

¿Dónde  
está  
Dios?



Dos son los temas principales de esta novela corta. De un lado, el paro obrero y sus consecuencias de hambre y de miseria; y de otro la procreación incontenida debido a la no utilización de medidas anticonceptivas por imposibilidad económica, lo que lleva a la exigencia del aborto como remedio.

Durante la Segunda República española, una serie de colecciones de novelitas de kiosco, invadieron las calles. Desde las obritas rosas de *La novela ideal* a la temática obrerista de *La novela proletaria* o la anticlerical de la *Biblioteca de los sin dios*.

Todas ellas fueron alimento de una conciencia antiburguesa que, dada su enorme difusión, las clases dominantes, hubieron de intentar su truncamiento con el golpe de 1936.

# *La novela proletaria*



**¿dónde  
está  
dios?**

CÉSAR  
FALCÓN



César Falcón

**¿DÓNDE ESTÁ DIOS?**

Ediciones Libertad

La novela proletaria nº 12

Portada original: QUY

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

# ÍNDICE DE CONTENIDO

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

I

Cuando Juan Sánchez entró en su casa, de regreso del Sindicato, eran más de las diez de la noche. Su mujer estaba en la cocina, lavando unos trapos en un cubo de latón. Ni siquiera levantó los ojos para ver a su marido. Siguió fregando y restregando los trapos en el dorso de las manos con tanta fuerza como si quisiera triturarlos. Juan Sánchez se sentó, desplomándose, en una silla baja y se quedó perdido en una meditación inconsciente.

–¿Qué haces?

–Ya lo ves, lavando la ropa de los niños. ¡Me rompo las manos para quitar la porquería que recogen estos condenados!

Juan Sánchez le contestó con un gruñido. La queja airada de su mujer le pareció justa e injusta al mismo tiempo. Pero se dió cuenta del estado de ánimo de ella y no quiso discutir el caso.

–A esos diablos no les importa nada su madre. Mira tú que me rompo la garganta diciéndoles que no se revuelquen, que cuiden la ropa. ¡Y como si nada! Se pasan el día arrastrándose por el suelo y yo tengo ahora que destrozarme las manos para quitar

tanta mierda. ¡Es para matarlos!... y como si fuera poco, ahora otro crio...

–¿Otro?, gritó Juan como despertándose.

–Sí, otro, gruñó su mujer. Hace ocho días que debía haberme venido la sangre y, no ha venido. ¡Figúrate cómo tendré el humor! ¡Cinco hijos! ¡Es como pata tirarse por la ventana!

El marido se levantó bruscamente, dio unos pasos hacia la habitación sin decir una palabra. La mujer continuó frotando rabiosamente los trapos sin ocuparse de él. Sus manos estrujaban los andrajos como si quisieran vengar en ellos unas terribles ofensas. Juan Sánchez volvió a sentarse, hundió la cabeza entre las manos y se quedó así largo tiempo, mientras la mujer continuaba en silencio su frenético trajín.

Así estaban cuando entró un chiquillo tripudo de unos cinco años, cubierto hasta el vientre por una camisita mugrienta y desnudo lo demás de su cuerpo.

–Madre.

–¿Qué quieres?

–Tengo hambre...

–¿Hambre? ¿No has tragado ya? ¿Te has creído que voy a darte de comer ahora? ¡Fuera de aquí!

–Tengo hambre, madre...

-¡Márchate de aquí, condenado! ¡Anda! ¡Ya te estás marchando!

El niño, sin moverse, comenzó a gemir.

-Tengo mucha hambre, madre...

-¡Es para estrangularlo! ¡Márchate te digo! ¡Si no te marchas te voy a romper el culo a palmazos!... Juan Sánchez levantó la cabeza y fijó la mirada en el niño. Luego, se volvió hacia su mujer...

-¿Habéis cenado?

-A las cinco de la tarde se han hinchado de patatas... ¡La tía esa de la calle Poza me tuvo hasta las dos de la tarde fregándole los suelos y luego me dio dos pesetas! ¡Y la muy bruja se apresuró a decirme que me fuera, con el pretexto de que había terminado, porque ya iban a servir la comida y sin duda creía que yo me iba a quedar a comer!... ¡Ya ves! ¡Dos pesetas! Y vine corriendo... Tuve que tomar el Metro porque estaba rendida... me quedó una setenta. Compré dos kilos de patatas y les hice un guisado... ¡Todavía tuve que comprar un real de carbón...!

El niño volvió a gemir...

-Tengo hambre, madre...

La madre se volvió a él furiosa:

- ¡Cállate, maldito!... ¡Me vas a volver loca!

Después, modificando el gesto, se dirigió a su marido:

–Ahí tienes tu parte... Todos esos han comido hasta reventar. ¡Figúrate! ¡Dos kilos de patatas para cuatro críos! Yo apenas las he probado... Cuando pasan tantas horas sin comer se me quitan las ganas. Estaba en ayunas. La tía bruja tomó el desayuno en la cama y me mandó decir a la criada que le diera bastante brillo a los pasillos... Esto sí; pero no fue para decirle que me diera un poco de agua caliente...

Juan se levantó a coger el cacharro donde se guardaba el resto de las patatas, y le ordenó suavemente al niño:

–Llama a tus hermanos...

–Están jugando en la esquina...

–Bueno. Diles que vengan...

El niño salió tambaleándose y regresó después de un rato enrolado en un grupo de cuatro chiquillos harapientos. La turba infantil llenó la cocina de voces imprecisas y dé sorbidos de nariz.

–¿Para qué les llamas?, gruñó la mujer. Déjales allí. Siquiera nos dejarán en paz hasta la hora de dormir.

–Nada, murmuró Juan.

Colocó la cazuela sobre la silla y, dirigiéndose a los niños, murmuró:

–¡Andad!... Comer os esto...

Los niños se precipitaron ansiosos sobre el amasijo de patatas, disputándose los trozos con la vehemencia de llevárselos cuanto antes a los dientes. La mujer dejó de lavar, sacudió enérgicamente sus manos y se encaró a su marido:

–¿Estás loco, Juan? ¿Y qué vas a comer tú? Ellos han comido esta tarde... Ya te lo he dicho... ¿Quieres morirte de hambre? Tú también necesitas comer...

–Déjales. Ya comeré mañana.

Sacó un cigarrillo, comenzó a liarlo lentamente. La mujer se acercó a los chiquillos que se apretaban en torno a la cazuela:

–No riñáis. ¡Estos críos! ¡Espera, Juanito! Yo os lo voy a repartir... Mira: esto para ti. Para ti, esta otra parte... Así... Todos podéis comer... Y en cuanto terminéis, a la calle, a la calle, hasta que os llame...

Luego, remangándose de nuevo, volvió al trajín del lavado, murmurando:

–¡Qué vida esta tan perra!... ¿Para qué habremos nacido? ¡Más nos valiera morirnos de niños! ¡Qué felices han sido esos dos niños que se me han muerto!... ¡Tonta fui de llorarlos tanto!...

## II

La mujer sacudió sus manos mojadas sobre el cubo con un ademán de cansancio, recogió rápidamente los enseres y fue a sentarse, renqueando, vecina a su marido. Sánchez percibió su vecindad con indiferencia. Estaba profundamente hundido en unas meditaciones imprecisas e indescifrables. Su mujer pensaba también por su cuenta en varias cosas concretas:

–¡Qué vida esta tan perra!, exclamó la mujer para romper las preocupaciones de su marido. Yo no sé para qué hemos nacido... Te lo digo en serio: a veces me dan ganas de tirarme ¡por la ventana.

–¡No digas tonterías!

–Serán tonterías. ¿Pero tú crees que esto es vivir?

–Esta es la vida de todos los explotados, de los trabajadores...

–Si al menos tuviésemos trabajo...

–Esta es la última iniquidad del capitalismo. El capitalismo nos explota, nos aniquila, nos exprime para acumular riquezas, y cuando sus propias contradicciones disminuyen la acumulación, nos lanza a la calle a morirnos de hambre... El fin único del capitalismo es la acumulación de la riqueza en unas pocas manos. Si las necesidades de la acumulación lo permiten, nos da a los trabajadores unos cuantos mendrugos; pero si aún le hace falta ahorrar estos mendrugos para no disminuir sus ganancias, nos deja morir de hambre...

–Yo, hijo, no entiendo bien esas cosas. Pero lo que yo sé es que a mí me enseñaron de pequeña que pidiéndole a Dios todos los días el pan nuestro de cada día, nunca nos faltaría... Y ya me he cansado de pedírselo... Aunque me condene, yo no rezo más... La bruja esa de Coya me pregunta siempre si voy a misa todos los días, si me confieso... ¡Me dan ganas de ahogarla...! Pero después me hace fregarle todos los pasillos por dos pesetas... ¡Hay que estar bien con Dios, hija mía, para salvar nuestras almas!, me dice la muy canalla... ¡Pero no es para decirme: toma esta peseta para tus lujos... ¡Ca, eso no! ¿Cuántos hijos tienes? Hazlos muy religiosos; que aprendan a temer y amar a Dios... ¡Como si a Dios le importara que se mueran de hambre!... ¿Dónde está Dios?

–Dios es una invención de los ricos... Han inventado esta superstición para que los pobres se dejen explotar mansamente.

–Yo no sé quién lo ha inventado ni para qué. Yo no sé sino que cuando no tengo qué darles de comer a mis hijos, aunque me arrastre de rodillas pidiéndoselo, mis hijos se quedan sin

comer... – ¡Ya no me importa que sea pecado o no lo sea! Pero yo no creo que haya Dios...

–No lo hay, efectivamente...

–¿Si no lo hay, qué vamos a hacer los pobres?

–La revolución...

–Eso va para largo... Antes nos habremos muerto todos de hambre...

–No importa. Ese es nuestro destino; para eso hemos nacido. Los trabajadores no tienen más fin en el mundo que hacer la revolución. La revolución es nuestro deber, nuestra religión, la razón de nuestras vidas. Hemos nacido para vivir para ella y morir por ella. No importa que nosotros suframos y muramos de hambre, que nos maten a tiros como a perros... ¡No importa! La revolución nos redimirá al fin... Si no a nosotros, a nuestros hijos, a nuestros nietos... La revolución tiene que acabar algún día con esa clase maldita que nos oprime, que nos estruja, que se alimenta con nuestra sangre...

–No sé, hijo; no sé. Yo también pienso muchas veces... Pero veo a mis hijos que están lampando de hambre y tú no encuentras trabajo y yo me rompo las rodillas fregando suelos y nada... ¡Cuánto dolor cuesta conseguir un pedazo de pan!... ¡Si tú encontraras trabajo!... Yo he pensado una cosa... Escucha... ¿Tu padre no fue compañero de trabajo de Largo Caballero?... Tu padre fue como fue y yo no lo critico. Tú también tienes tu carácter... Pero no se trata de nada malo. Pedir trabajo no es malo... Yo les oigo a esas de la calle de Génova donde voy a

asistir que hablan siempre de pedir recomendaciones para este y el otro... ¿Por qué no vas a ver a Largo Caballero? Le hablas de tu padre... ¡Por muy ministro que sea ahora, él también ha sido obrero y sabe lo que es esta vida!... Le dices la verdad. Cómo estamos. Como éstos... Su mujer no ha ido toda la vida en automóvil y ya habrá fregado también lo suyo... Tú sólo vas a pedir trabajo... Con una recomendación de él puedes encontrar trabajó en seguida...

Juan se quedó en suspenso, mirando a su mujer y sin poder articular una sola palabra. Estaba ante su mujer como ante un ser de otro planeta. La miraba y la remiraba como un hipnotizado. Nunca en su vida había oído nada tan sorprendente. Su mujer sin duda le creyó convencido, porque, brillantes los ojos, insistió interrogativa:

–¿Qué te parece?

Esta pregunta cayó sobre Juan como una descarga eléctrica.

–¡Largo Caballero es un traidor!...

Su mujer no descubrió las innumerables opiniones concretadas en este grito.

–Yo no se nada de estas cosas... Yo sólo veo que ahora puede servirnos... Si tú le hablas de tu padre, seguramente se recordará... Además, no le vas a pedir nada deshonroso...

Juan comenzó a darse cuenta de la situación con relativa claridad.

-Es que yo no soy un traidor...

-Tú eres un albañil con cuatro hijos y sin trabajo... Y ahora, ya ves, otro... Otro hijo más... ¡Cinco hijos!... Aún no le he sentido y ya me quema el vientre...

-Pero... ¿estás segura?

-¡Sí lo estoy!... Ya he sentido ese cansancio, esa fatiga que me da siempre los primeros meses... ¡Qué asco!... ¡Si pudiera arrancármelo!...

-¡Es horrible!... ¡Horrible!...

Juan se levantó con un arranque desesperado y comenzó a pasearse en el reducido trecho de la cocina. Su mujer quedóse sumida en una desesperación silenciosa e inmóvil.

### III

Juan Sánchez entró un poco desorientado en la taberna. Buscaba a alguien, pero lo buscaba con visible indecisión. Como si quisiera no encontrarle. Su mirada iba lentamente de un grupo a otro, pasando revista a las cosas. En un rincón, desplomado en una silla, ante la mesa de madera en la cual se imponía la nota roja de una botella de vino, estaba el tío Paco, maestro albañil. Su mirada perezosa enfiló a Juan entre la turba de parroquianos, le incitó con un guiño a acercarse a su mesa.

–¿Qué haces tú por aquí? Siéntate y toma un trago. ¿Qué vena te ha dado en venir?

–Buscándole a usted.

–Pues ya me has encontrado. Pero, ante todo, siéntate y bebe. Conmigo no se puede hablar a secas.

Juan tomó asiento frente al tío Paco, y solemnemente servido por éste se dispuso a beber un vaso de vino.

–Como supongo, dijo el tío Paco, que querrás hablarme, y no se necesita ser un lince para suponerlo, bebe antes, que esto aviva el cerebro de donde salgan las palabras... Porque las intenciones ya sabemos de dónde salen: del estómago...

Juan bebió lentamente, en silencio. El tío Paco, mirándole parsimoniosamente, le acompañó con su disertación.

–Bebe otro vaso, porque uno solo no es cantidad. En la vida lo más importante es la cantidad. La comida te alimenta según la cantidad, el vino te emborracha según la cantidad, la honradez es cuestión de cantidad. Hasta la Revolución es un problema de cantidad. La que nos hicieron en abril se ha quedado demasiado corta... ¿Cuándo hacéis vosotros la vuestra?

–En eso estamos...

–Procurad que no se quede corta... Las revoluciones, como las sábanas, no importa que resulten un poco largas... Cuanto más largas, mejor. Las lamentables son estas revoluciones cortas, cortitas, de funcionarios de segunda, que es en lo que ha venido a parar la República... ¿Ves tú por qué yo no me meto en nada? Cuando ya se tiene algunos años, aunque uno tenga sus ideales, como es razón que los tenga todo ser consciente, sabe uno con quién se gasta los cuartos. Por eso, yo a lo mío, y si algún día se ponen las cosas bien, a cobrar las deudas atrasadas... Desde que marché del socialismo no quiero saber nada. No he vuelto a poner los pies en la Casa del Pueblo... ¿Para qué? Los que no tenemos la vergüenza en venta ni sabemos traicionar a nadie no tenemos nada que hacer allí... Si algún día llega el momento de

ajustar cuentas, ya hablaremos; si no, uno más que se fastidia... Pero vamos a otras cuestiones... ¿Cómo van las cosas en tu casa?

–A eso venía. La Toribia está embarazada...

–Mal asunto... Cuatro bocas gimiendo al pie del fogón y una más en camino, es un programa de alivio... ¿Dónde trabajas ahora?

–Estoy parado.

–Lo de todos. Y ellos, hinchándose... Yo no creo en Dios ni en otras invenciones de la burguesía... Pero hay lo que mi maestro llamaba la justicia natural. Algún día la pagarán...

Juan le interrumpió el discurso.

–Yo quería verle a usted, porque como usted tiene tantos conocimientos, acaso podría arreglarlo con un médico. Nosotros no podemos tener un hijo más. Me ha dicho un camarada que hay médicos que hacen abortar, y como Toribia acaba de quedar embarazada, aún es tiempo. Al hospital no podemos ir con ese negocio...

–Ni al hospital ni a ninguna parte. Hay médicos que hacen abortar, sí; los hay. Pero a las señoritas de la aristocracia. Si vas a uno de ellos: o les pagas dos mil pesetas o te denuncia por parricida... Esa es la moralidad burguesa... La justicia natural cobrará todas estas cuentas que ya están luciéndose viejas... Yo no conozco a ningún médico... Al médico de mi sociedad sólo lo he visto dos veces y no es asunto ese para proponerlo sin pisar terreno firme... ¡cuándo yo digo que aquí va a venir una

hecatombe! ¡Tiene que venir! En la vida tiene todo su límite y ya hace rato que hemos pasado el de la paciencia del pueblo...

El tío Paco levantó ceremoniosamente su vaso de vino y fue vaciándolo en la garganta con solemnidad litúrgica. Juan hundía entretanto la cabeza en el pecho, aturdido por sus pensamientos.

–He oído hablar de algunas comadronas, recomenzó el tío Paco, después de restituir el vaso en la mesa y prevenirlo para una nueva libación. Pero, además de que yo no conozco ninguna, no te lo aconsejo... De todos modos, el asunto es muy comprometido y lo mejor es no tratarlo. Hoy andan mal las cosas. La sociedad burguesa es muy hipócrita, y si ocurre algo, lo aprovecharían para hacer un escarmiento. No quisiera yo verme envuelto en el negocio.

–¿Qué podremos hacer entonces?

–Yo no te aconsejo nada. El asunto es bastante escabroso y a lo mejor se pilla uno los dedos. En estos negocios lo peor es siempre lo mejor. Si ya vas tirando con cuatro, sigue tirando con cinco...

Yo he tenido ocho y ya ves cómo han ido saliendo... La justicia natural nos arregla la vida mejor de lo que nos parece...

–Cuando se tiene el gozar que tiene usted se puede uno confiar en esa tontería de la justicia natural. Pero a ver qué voy a hacer yo con un hijo más. Cuando los cuatro que tengo se están muriendo de hambre.

Estas palabras de Juan opacaron un poco la mirada del tío Paco. Sin contestarle, levantó su vaso y bebió lentamente. Luego, con severidad, replicó:

–La justicia natural, para que tú te enteres, es la ley de la vida. Tú te quejas porque vas a tener cinco hijos. Lo primero es no haberlos hecho. El hombre debe asumir la responsabilidad de sus actos...

–Quien no tiene que comer no puede tener responsabilidades.

El tío Paco contrajo su rostro en una sonrisa maliciosa.

–Tú eres un elemento disolvente, respondió con sorna. Como a ti te consta yo he militado en el Partido Socialista y sigo siendo un revolucionario. A mí no me asusta nada. Pero con esa teoría la sociedad se derrumbaría... Yo no estoy por eso... Cada uno tiene su deber y está obligado a cumplirlo. ¡No faltaba más! ¿Dónde iríamos a parar? Las cosas son como son y los verdaderos, revolucionarios debemos cuidar de no destruirlo todo, porque entonces no hay revolución ni hay nada...

–Bueno, tío Paco, vamos al grano, contestó Juan exasperado. Usted no puede hacer nada, ¿no es eso?

–El negocio, como te he dicho, es muy escabroso, y un hombre consciente de su responsabilidad no puede complicarse así como así...

–Pues nada. A otra cosa.

Y se levantó de un golpe.

–Créeme que lo siento... Aunque no tengamos las mismas ideas, me habría gustado hacer algo por ti...

–Lo que no tenemos son los mismos intereses. Usted está bien colocado y tiene su dinerito. Eso es todo... Si fuera usted un verdadero proletario, ya hablaría y actuaría de otro modo... Salud.

Volvió la espalda y se marchó a prisa.

–Anda con Dios, muchacho...

El tío Paco se quedó, meneando lentamente la cabeza. Sin embargo, sintió un desagradable amargor de boca. Para curarlo bebió a sorbos otro vaso de vino.

## IV

Cuando Juan entró en su casa encontró a su mujer y a sus hijos dormidos. Una de las pequeñas, acostada con la madre en la misma cama, se había escurrido hasta el borde y colgaba de medio cuerpo. Juan la cogió delicadamente y la fue colocando en su sitio. Su mujer despertó entonces bruscamente y le dijo en voz baja y rápida:

–Ten cuidado, ten cuidado... Si se despierta nos va a dar la lata. Antes de dormirse me ha estado dando la tabarra con que tenía hambre, que tenía hambre... Era para ahogarla...

Juan profirió un gruñido opaco y continuó arreglando la ropa de la cama sobre el cuerpo dormido de la niña. Su mujer comprendió perfectamente el sentido de este murmullo y se recogió toda ella, sumergiéndose en la almohada. El encogimiento de su mujer estremeció a Juan. Se sentó en el borde de la cama, y sin poder contenerse, pasó suavemente la mano por la abatida cabeza de su mujer.

–Ella no tiene la culpa...

La inesperada ternura de Juan conmovió más aún a su mujer. Muy raras veces se habían dado entre ellos tales manifestaciones. Toribia no las esperaba nunca, ni, en realidad, le agradaban. Pero en esta ocasión le estremecieron como no le habían estremecido nunca. Abrió bien los ojos, y poco a poco fue incorporándose sobre la almohada.

–Ya no sé ni lo que me digo –murmuró–. Pienso y pienso y no sé qué hacer. Hoy he recorrido ocho casas y en ninguna he encontrado nada... Todas sólo quieren a la asistenta un día a la semana para hacerlas echar el alma por la boca... Si no hubiera sido por la de al lado, la Zenobia, que les ha dado al mediodía un poco de caldo de cocido, estos pobres hijos se habrían acostado en ayunas... Felizmente, al marido de la Zenobia le dieron cuatro pesetas por blanquear una habitación, y con esas cuatro pesetas ha podido poner hoy un poco de cocido... Pero ella también tiene siete bocas...

–Es horrible...

La mujer se quedó un instante en silencio con la cabeza zambullida en el pecho...

–¿Y tú?

–Nada. Hoy ha habido en el Sindicato ciento cuarenta y dos más sin trabajo... Lo inscriben a uno... Pero el Sindicato no tiene fondos para socorrer... Además, no puede hacer nada... En cuando intenta hacer algo, lo clausuran... Pronto tendremos que pasar a la clandestinidad...

-¡Qué asco de vida...! Yo sigo pensando en lo que te dije... Anda a ver a ese hombre... Quizás te arregle algo...

-Eso es tremendo... Un revolucionario no puede hacerlo...

-Pero nuestros hijos se van a morir de hambre...

-Iré con más gusto a pedir en los comedores de caridad.

-Para eso también necesitas recomendación. Tomasa fue varias veces y no le dieron nada. Luego se consiguió la recomendación de la mujer de un diputado socialista, y desde entonces la dan un poco de bazofia. Peor que para los perros... La pobre tiene que cogerlo, porque ¡a ver! ¿Qué remedio le queda?... Eso otro a lo mejor resulta... Yo creo que no te compromete a nada...

-No me compromete; yo no digo que me comprometa... Me repugna... Un obrero que quiere trabajar no necesita pedir favores...

-Así debía ser... Pero después de todo tú vas a pedirle trabajo, nada más que trabajo...

-Sí, sí; pero los parados lo estamos pidiendo todos los días en la calle y no nos hacen caso...

-Quizás no haya para todos...

-Pues debía haber. ¿Cómo hay dinero para que los ricos vivan espléndidamente, cómo hay dinero para que los enchufados cobren miles de duros? Ese dinero debía servir para socorrer a

los parados, si esta República que se llama estúpidamente de trabajadores no se atreve a establecer el verdadero régimen de los trabajadores... Esta es una República de trabajadores al servicio de los capitalistas....

–Bueno, bueno... Pero anda a verle... No te cuesta nada... Siquiera por estas pobres criaturas, que no tienen la culpa de haber nacido... ¡Si tú supieras el dolor que me da tener ya otro en el vientre!... Me parece que es un crimen...

Hubo un silencio prolongado. Al fin, Juan, casi para él solo, murmuró:

–Y lo es...

–Por esto, continuó musitando su mujer, debemos hacer cualquier cosa... Que tengamos siquiera cuando nazca un mal trapo en qué envolverle...

No hablaron más. Juan se quedó un largo rato como petrificado. Luego, cuando su mujer se desplomó rendida de sueño y dolor, se tumbó al lado de ella y se quedó con los ojos muy abiertos y la mirada perdida en la oscuridad.

## V

Juan Sánchez subió titubeando las escaleras del Ministerio de Trabajo y Previsión Social. En el zaguán, un portero le había indicado el camino; pero antes de hacerlo había cuchicheado agitadamente con otro portero y hablado por un teléfono interior. Juan estaba asombrado. Los ordenanzas le salían al encuentro y lo fueron guiando hasta el antedespacho de la secretaría del ministro. Aquí se encontró con un funcionario cuya bien planchada solapa ostentaba la insignia de la Unión General de Trabajadores. Detrás de él, mirándole por encima de las dos mesas del antedespacho, otros funcionarios con iguales insignias. En el pasillo, grupos de gente con idéntica insignia o con la del Partido Socialista, y en un gran salón, cuya puerta entreabría a un lado del antedespacho, se veía una gran cantidad de gentes bien vestidas, sentadas en suntuosos butacones. Juan estaba aturdido entre tanta gente tan limpia, tan elegante, y todos, según las insignias, compañeros de trabajo y de clase. El conocía a muchos obreros de la UGT. Pero nunca los había visto tan elegantes.

El funcionario de la insignia, al verle, le salió resueltamente al paso.

-¿Qué quiere usted?

-Yo quería hablar con el compañero Largo Caballero...

-Dirá usted con el señor ministro, ¿no es eso? ¿Quién es usted?

Los ojos de Juan relampaguearon. Sin embargo, respondió:

-Soy oficial albañil.

-¿Para qué quiere hablar con el señor ministro?

-Mire usted. Estoy sin trabajo... El compañero Largo Caballero fue amigo de mi padre y yo quisiera pedirle una recomendación...

-¡Hum...! ¿Quiere enseñarnos su carnet de afiliado?

Juan mostró en seguida su carnet de la CNT. Después la escena fue muy rápida. El funcionario cogió el carnet, dio unos pasos para ponerse a cubierto y se dirigió enérgicamente a varios porteros y ordenanzas, situados a la expectativa a un lado del pasillo.

-¡Cogedlo!

Los porteros y ordenanzas se abalanzaron sobre Juan y lo sujetaron por los brazos, las piernas, la cabeza. En todo el pasillo se levantó un vocerío de mercado. Se abrieron muchas puertas. Carreras. Gritos. Juan vociferaba y se debatía como un epiléptico. Las personas del salón se arremolinaron en la puerta.

Catorce guardias de asalto y seis parejas de la Guardia civil subieron rápidamente las escaleras en formación cerrada con las tercerolas apercebidas y blandiendo las pistolas. Juan fue atado de pies y manos y bajado en vilo hasta el furgón. Aquella tarde los diarios tuvieron una información sensacional. Un pistolero sindicalista había intentado asesinar al ministro de Trabajo y Previsión Social. La fotografía del funcionario, debido a cuya extraordinaria serenidad y valor se había evitado el atentado, se publica a gran tamaño en el centro de la información. Esa misma tarde las Cortes le concedieron por unanimidad una recompensa excepcional: 25.000 pesetas de gratificación y todos los jefes de minoría inmortalizaron en el «Diario de Sesiones», en nombre del país, sus felicitaciones al ministro y su gratitud al salvador.

## VI

Ocho meses después, el oficial de la cárcel dio un grito en el patio:

–Juan Sánchez.

Varios camaradas le ayudaron a levantarse, porque no podía mover una pierna. Salió renqueando hasta el locutorio de abogados, y allí, en presencia de dos funcionarios del Cuerpo de prisiones, el oficial del Juzgado le dio a firmar un papel.

–Se trata de tu libertad condicional. Tienes que presentarte todos los días uno y quince en el Juzgado. Si faltas, vuelves a venir aquí. Ya lo sabes.

Juan recogió en un lío todas sus cosas, firmó otro papel en las oficinas de la cárcel y salió. En la puerta, esperándole, estaba el tío Paco.

–Ya ves lo que hemos hecho por ti... Tu mujer venga llorar y llorar, y al fin, como uno es un sentimental y se trataba de ti, hice un esfuerzo... Ya sabes tú que hace años que yo no hablaba

con Largo Caballero. Fui a verle... Después de todo, aunque nosotros hayamos tenido nuestros más y nuestros menos, Largo Caballero es una buena persona. Hablamos de muchas cosas... Recordó que había conocido a tu padre y se ha interesado por tu libertad... Debes agradecerérselo... Yo no he podido por menos y he reingresado en el Partido... Los hombres debemos ser agradecidos... Ahora estoy en tratos para adquirir la contrata para construir una escuela... Pero ya hablaremos de esto... Márchate a prisa, que tu mujer está mala... No te alarmes, porque me lo ha dicho una mujer y ya sabes que las mujeres exageran... Tú, claro es, no tendrás dinero. Toma para el tranvía. Los favores hacerlos completos o no hacerlos.

Sacó quince céntimos y los puso en la mano de Juan.

–No te detengas, por lo que pueda ser... Ya tendrás tiempo de darme las gracias...

Juan apretó las dos monedas de cobre hasta hacerse daño en los dedos. Vaciló un momento. Luego, sin decir una palabra, le tiró las dos monedas al tío Paco y se marchó renqueando por otra calle.

En la habitación había un silencio cavernoso, interrumpido, de cuando en cuando, por un alarido. Juan entró lentamente y se refugió en un rincón. Su mujer estaba en la cama. A su lado, vacilante sobre sus piernas, una vieja la atendía. Al ver a Juan apenas hizo un leve movimiento de cabeza.

Juan la preguntó tímidamente:

–¿Qué es?

La vieja respondió con acritud:

–Ya te lo puedes suponer: pariendo... Ha venido así, tan de repente, que no ha habido tiempo de llevarla a la Maternidad...

–¿Los críos?

–¡Anda tú a saber!... Se los han llevado entre las vecinas... ¡A ver!... ¿Qué iban a hacer aquí, muriéndose de hambre?

La mujer dio un nuevo alarido, y, en seguida, otro, y uno más con mayor violencia. La vieja se puso en seguida al trajín. Juan se apretó los ojos con los dedos y se refugió rápidamente en la cocina. Desde allí escuchó, anhelante, los gritos mordidos de su mujer y el trajín de la vieja. Los gritos cesaron de pronto, la vieja intensificó un instante su afán y gritó iracunda:

–¡Ven aquí, hombre!... ¿Te has creído que lo voy a hacer yo todo? ¡Bastante caridad hace una!... Toma esto. Lávalo en la palangana... Allí he dejado agua caliente...

Juan se acercó a la vieja como un sonámbulo, cogió al niño gimiente en sus brazos y se marchó con él. En la cocina estuvo largo rato sin hacer nada, inmóvil, reconcentrado en un solo pensamiento. La carne tierna y palpitante del niño seguía gimiendo en sus manos. Juan no la oía. Ni la veía. La apretaba, sin embargo, cerró los ojos con más fuerza. Al fin, como sacando la cabeza de bajo el agua, lo besó con toda su alma. Preparó la palangana y lo colocó en ella cuidadosamente. Luego, con dos dedos, le oprimió la naricita, hundió la delicada cabecita en el baño, cerró los ojos con una fuerza desesperada y se quedó así,

rígido, oprimiendo la cabeza del niño en el fondo de la palangana.

Ya habían cesado desde hacía mucho rato los gemidos del niño y aún percutían como martillazos en sus oídos.